

**Ángel Rama en la Biblioteca Ayacucho y viceversa:
desafíos y lecciones de una editorial latinoamericanista**

Facundo Gómez

Instituto Interdisciplinario de Estudios sobre América Latina

Universidad de Buenos Aires / CONICET

La historia de los primeros años de la Biblioteca Ayacucho, la editorial estatal venezolana que compila las obras clásicas de la literatura y el pensamiento latinoamericano, es todavía difusa. Hasta el momento no se cuenta con una investigación exhaustiva que pueda reconstruir detalladamente los primeros pasos tras su fundación oficial en 1974. No obstante, sí es posible acceder al testimonio de uno de sus principales artífices, el poeta e intelectual venezolano José Ramón Medina. En una esquela muy breve, cuyos fragmentos aparecen escaneados en una separata conmemorativa de la editorial sin datación, transcripción o registro exacto, el escritor narra cómo una apasionada charla con el crítico y ensayista uruguayo Ángel Rama terminó por ser el esbozo inicial de la gran aventura editorial latinoamericana de la década de 1970. El desciframiento de la intrincada caligrafía de Medina permite leer:

La idea de lo que hoy parece la extraordinaria colección B.A. nació una tarde de mucho coloquio con Ángel Rama. Hablábamos de la falta de un conjunto de libros que sirva de vehículo a la expresión de la cultura de América Latina. Y lamentamos el destino [ilegible] de lo que intentaba hacer en ese sentido Pedro H.[enriquez] Ureña en el Fondo de Cultura de Cultura Económica en México y mucho antes en Madrid nuestro Rufino Blanco Fombona. ¿No sería posible—nos preguntamos a dúo—un proyecto de esta naturaleza auspiciado por Venezuela? [...] Una semana

después, [ilegible] trazamos el esbozo, [ilegible] actos que se programaban por entonces para la celebración del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho. Finalmente surgió el nombre: ¿por qué no llamarlo B. A.?

Los demás es ahora historia. Llevé el proyecto a [ilegible] del presidente C.A.P [Carlos Andrés Pérez] y éste, sin dudar un momento me autorizó para presentarle un proyecto de decreto y los nombres de quienes podían integrar la C.E. [Comisión ejecutiva] Así lo hice en pocos días, con aceptación del Presidente y el __ de septiembre de 1974 se creó la C. D. [Comisión directiva]. (Cit. en Rodríguez Ortiz, *30 años*, 74-75)

La narración coincide a grandes rasgos con la historia de la editorial que traza Oscar Rodríguez Ortiz (“Biblioteca Ayacucho”), quien enfatiza detalladamente el rol central que le cabe en la empresa al intelectual uruguayo, radicado en Venezuela desde 1972. Su juicio sobre el protagonismo destacado de Rama en el diseño y la construcción de la editorial expresa un consenso generalizado en los estudios sobre el tema, que ponderan la praxis del crítico como una de las fuerzas motrices del proyecto (Antequera, Roa Bastos).

A partir de la escena fundacional esbozada por Medina, el presente trabajo retoma las hipótesis que unen el pensamiento de Rama y la conformación de la Biblioteca Ayacucho para recuperar las estrategias, propuestas y discusiones centrales que atraviesan esta relación. Con este fin, se toma como corpus una serie heterogénea de textos (cartas, entrevistas, ponencias y ensayos) en los cuales Ángel Rama explicita sus ideas sobre el diseño de la editorial y las reformula según la experiencia acumulada en la gestión diaria y la introspección debida de las instancias de balance.¹

Proyectos, genealogías, monumentos

Así como se refirió que no existe hasta ahora una historia documentada de la Biblioteca Ayacucho, también cabe destacar que la cantidad de trabajos académicos sobre su diseño y catálogo son escasos si se considera la relevancia de la empresa. En este discreto conjunto de ensayos de indispensable lectura, se destaca en primer lugar el seminal artículo de Carlos Pacheco y Marisela Guevara (2004), en el que se reconstruyen las condiciones económicas y políticas de Venezuela hacia la década de 1970 y se revisan los epistolarios de Ángel Rama alojados en el archivo de la casa editorial. El texto destaca las condiciones históricas favorables para la creación del emprendimiento, a saber: el boom petrolero, la

¹ Con excepción de las cartas intercambiadas entre Ángel Rama, Antonio Candido y Darcy Ribeiro, estos materiales fueron recogidos en Montevideo del archivo personal del crítico uruguayo, a cargo de su hija Amparo, quien custodia y difunde con generosidad el legado de su padre. La presente investigación no podría haber sido realizada sin su autorización y apoyo.

entrada inusitada de divisas a las arcas del Estado y la llegada al poder de Carlos Andrés Pérez, con sus políticas de desarrollo económico infraestructural, la entonación latinoamericanista de su discurso y el destacado fomento a la cultura que da origen a diversas instituciones (107). En un segundo momento, los autores se adentran en el rol fundamental de Ángel Rama en la organización de la editorial y afirman que la Biblioteca Ayacucho puede ser pensada como la coronación de su larga trayectoria intelectual.

El aporte de Pacheco y Guevara es fundamental para indagar la Biblioteca Ayacucho y el presente trabajo comparte con él ciertas hipótesis, se diferencia de otras y busca ahondar en cuestiones que su trabajo revisa de forma superficial, como, por ejemplo, las opiniones del propio Ángel Rama sobre el proyecto, su diseño y objetivos. Si bien se revela fundamentado afirmar que la editorial venezolana es una herramienta de integración intelectual privilegiada por el uruguayo, parece menos atinado leer su praxis anterior como una mera preparación para la Biblioteca Ayacucho. De la misma forma, es inexacto sostener que, recién con este proyecto, la trayectoria de Rama ha alcanzado una cúspide. Al revisar su biografía intelectual y estudiar el material de archivo, se puede comprobar que su experiencia en Ayacucho no puede ser entendida como una consagración definitiva, ya que la construcción del catálogo implicó un proceso complejo, lleno de contradicciones, idas y venidas, cuyo producto final difiere notablemente del ideario inicial de Rama e incluso de las actualizaciones y reformulaciones que el proyecto sufre a lo largo de los años. De hecho, la lectura de la documentación demuestra que la relación de Rama con la Biblioteca Ayacucho ilustra muy bien las disonancias y dificultades que se presentan entre una figura de editor referencial y la concreción de un proyecto institucional en el que participan otros muchos agentes, condicionamientos y determinaciones.

Otros aportes de fuste inquietan sobre el sentido de la editorial a partir de una recuperación de proyectos latinoamericanos también interesados en reunir, publicar y distribuir los libros clásicos del subcontinente. Por un lado, Oscar Rodríguez Ortiz (*30 años*) recoge tres antecedentes centrales en la concepción de la idea: el primero es la Biblioteca Americana y el Repertorio Americano, las revistas que Juan García del Río y Andrés Bello dirigen respectivamente en Londres, en el siglo XIX, a los que se suma la colección de libros históricos que Rufino Blanco Fombona decide publicar en la Editorial América hacia el año 1924. En conmemoración al centenario de la última batalla por la independencia americana, el venezolano la denomina “Biblioteca Ayacucho”, el mismo nombre con que, cincuenta años después, se titula el proyecto caraqueño. Por otro lado, Marcela

Croce (2015) ha leído la Biblioteca Ayacucho como un posible canon de la literatura latinoamericana. El objetivo general de publicar los clásicos de la literatura, el pensamiento, el arte y la cultura religa la iniciativa venezolana con la Biblioteca Americana de Pedro Henríquez Ureña, recogiendo así el legado de la utopía integradora que el maestro dominicano no había alcanzado a concretar.

Más allá de las genealogías, resalta el trabajo sobre la Biblioteca Ayacucho de Jessica Gordon-Burroughs (2015), quien elige conceptualizar la colección en el marco de las editoriales estatales venezolanas y revisar el derrotero de la empresa desde sus años iniciales hasta el gobierno de Hugo Chávez, focalizando en las características materiales de los volúmenes y su forma de construir un determinado público lector. El gran formato, las tapas duras, la cantidad de páginas, las tipografías clásicas de los volúmenes iniciales implican, según la autora, la concepción de un sujeto lector culto, capacitado para la revisión del canon literario y la historia social y política latinoamericana (108). Estos rasgos son contrastados con las publicaciones de Quimantú, la editorial estatal chilena del gobierno de Salvador Allende y con las propias políticas editoriales estatales venezolanas durante el gobierno chavista. Ciertamente, el análisis de los rasgos materiales de los volúmenes es un fértil camino para pensar cómo la editorial imaginó su propio lugar en la cultura impresa del subcontinente. Sin embargo, el contrapunto entre una concepción elitista y otra democratizadora resulta excesivo y parcial. En principio, porque diluye las particularidades de cada una de las coyunturas históricas y resalta ciertos rasgos de la edición en desmedro de otros. Uno de estos elementos elididos es el desplazamiento del principal norte de la colección: la integración cultural de las diversas culturas nacionales latinoamericanas. A ello responde la selección de los textos clásicos que componen los volúmenes, elegidos por la necesidad de que el aporte de cada uno de los países de la región pueda ser percibido como parte de un mismo impulso creativo. Finalmente, pensar la Biblioteca Ayacucho de la primera época como “monumental”, contrapuesta a las tendencias más “efímeras” de los últimos años, supone pensar el emprendimiento como un producto editorial terminado, fraguado sin discusiones y destinado desde sus inicios a un público reducido. Esta idea resulta ciertamente discutible tras la lectura de ciertas piezas del archivo de Rama, como se verá a continuación.

Editar, reunir

La experiencia de Ángel Rama en la actividad editorial no comienza en la Biblioteca Ayacucho, sino muchos años antes, en su Montevideo natal. Pablo Rocca (“Ángel Rama”) se ha encargado de rastrear las diferentes intervenciones del crítico

en esta área: primero, como fundador del sello artesanal Fábula; luego, su trabajo en la Biblioteca Artigas, a lo que le sigue su desempeño en la editorial Alfa y, finalmente, la creación de Arca, su primera empresa editorial. Rocca se detiene sobre todo en uno de sus emprendimientos: la Enciclopedia Uruguaya, una colección de fascículos a través de la cual se propone dar una nueva visión sobre la historia de la cultura uruguaya. El diseño general de la colección corre por cuenta del propio uruguayo y del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, por entonces exiliado en el país rioplatense. Por otro lado, cabe destacar el libro que Alejandra Torres Torres (2012) dedica a los proyectos editoriales de Alfa y Arca. En el contexto del crecimiento del público lector uruguayo y las políticas de fomento del libro por parte del Estado uruguayo, la autora anota el vuelco de Rama hacia la actividad editorial como parte de una agenda intelectual preocupada por consolidar un vínculo efectivo entre el autor y el lector. Se trata, sin más, de apuntalar el funcionamiento de un sistema literario que enlaza creadores, público y tradición en una comunicación sólida y recíproca. En ese esquema, que el crítico diseña a partir de una elaboración de su colega y amigo Antonio Candido, el editor funciona como un imprescindible agente cultural, ya que es el encargado de seleccionar qué segmentos de la tradición deben seguir circulando y cuáles son los nuevos autores que deben acceder a la esfera pública.

Este perfil de “intelectual editor” es clave para entender, no solo la praxis de Rama en Arca o Ayacucho, sino su entera trayectoria como crítico literario y agente cultural. Es que tanto el compromiso sartreano al que suele ser asociada su figura como la noción de sistema literario que aparece en sus textos críticos, lejos de ser meras filiaciones doctrinarias o apropiaciones teóricas, funcionan como orientaciones prácticas de su actividad profesional. El compromiso intelectual, según es entendido por Rama, reside en aceptar el rol mediador que los escritores desempeñan al seno de las sociedades latinoamericanas, todavía en proceso de modernización y amenazadas tanto por el subdesarrollo como por el avance del imperialismo cultural. En este sentido, editar libros supone una participación activa y fundamental, que complementa la denuncia política o la exégesis de textos.

La interrelación entre las facetas de crítico y editor es apenas una de las múltiples intersecciones de una trayectoria marcada por la superposición de zonas de intervención, pero cabe destacarla porque resulta un nodo fundamental para revisar la significación de Biblioteca Ayacucho en su biografía. Dos enunciaciones previas a la fundación efectiva de la editorial venezolana permiten rastrear de qué manera Ángel Rama ya venía reflexionando sobre la construcción de acervos literarios que funcionaran como vehículos de integración entre los pueblos. La

primera de ellas es sagazmente apuntada por Torres Torres al revisar el último tomo de la Enciclopedia Uruguaya, publicado en 1969, y encontrar en las contratapas el anuncio de dos nuevas colecciones que no alcanzan a ver la luz: “Panorama de la literatura latinoamericana contemporánea” y “América Latina: Historia y presente” (136). Los textos que acompañan el aviso explican que ambas propuestas suponían un trabajo colectivo e interdisciplinario, llevado adelante por especialistas de todo el subcontinente y muy similar al que más adelante, en otra geografía, Rama desarrollaría a través de la Biblioteca Ayacucho.

El otro enunciado previo a la gran experiencia venezolana se puede encontrar en una ponencia inédita del crítico, titulada “Diez tesis sobre integración cultural de América Latina a nivel universitario” y expuesta en un encuentro sobre difusión y extensión realizado en México, hacia 1972. La comunicación presenta un contenido trascendental para comprender el pensamiento de Rama a inicios de la década de 1970, ya alejado varios años de Uruguay. En ella, la integración es pensada como la recuperación de una unidad subcontinental perdida tras la emancipación y, a la vez, como una proyección utópica que acompaña la impostergable transformación de la sociedad (“Diez tesis”, 4). Pero lo que es más importante, el proceso de integración se postula a partir de la intervención decisiva de la universidad latinoamericana, sus profesores, alumnos, escritores y artistas. Toda la tercera tesis de la ponencia se dedica a justificar por qué las elites intelectuales son los agentes privilegiados para conducir la tentativa, ya que funcionan como mediadores entre los embates de la modernización cosmopolita y los anhelos de las comunidades nacionales (9). Por otro parte, la quinta tesis especifica cuál es el principal aporte que estas minorías podrían facilitar a sus sociedades: la recuperación de un ideario latinoamericanista, elaborado desde la Independencia por dirigentes y letrados como Bolívar, Martí, Rodó, Vasconcelos o Mariátegui y en la actualidad por los cientistas sociales y, sobre todo, por los escritores y poetas. Esta tradición del pensamiento y la literatura latinoamericana debe ser considerada como un patrimonio en común para todos los países de la región y, por lo tanto, también debe ser compilada y puesta a disposición del público lector. La tarea que impone esta tesis para las elites intelectuales es la concreción de una biblioteca de libros clásicos de las letras y el pensamiento latinoamericanos. Ángel Rama expresa el anhelo de este modo:

Si reuniéramos los textos claves de este período secular, ellos revelarían una progresión en la afirmación y desarrollo del concepto de Latinoamérica, a través de diversas instancias donde se fraguó un variado diálogo con las culturas occidentales cercanas y un reconocimiento gradual de la autoctonía y del africanismo. *Sería esa colección de textos una suerte de carta magna de la cultura latinoamericana.* (Rama, “Diez tesis”, 15, cursivas propias)

La reverberación de estas palabras en el diseño de la futura Biblioteca Ayacucho pareciera eximir al análisis de mayores comentarios, si el texto no continuara también con otras ideas que se entrelazan con lo ensayado más adelante desde la editorial venezolana, como la necesidad de formar equipos intelectuales capaces de llevar adelante la empresa, la posibilidad de armar una serie paralela a la de las grandes obras que adquiera una función mayormente divulgativa y el deber ético de reponer en el entramado cultural latinoamericano las obras, cosmovisiones y demandas de los grupos sociales marginados (16).

De lo anterior, se puede concluir que esta primera idea de Rama acerca de una biblioteca de clásicos con función integradora tiene un carácter académico, modernizador, y sumamente humanista. Se retoman ciertos aspectos de las dos colecciones truncas anunciadas en la Enciclopedia Uruguay y se los reformula de cara a las posibilidades de una nueva universidad latinoamericana en ciernes. Sin embargo, no es al seno de las academias que la abstracta propuesta del uruguayo en 1972 adquiere una realización concreta, sino años más tarde, bajo la tutela del Estado nacional venezolano, a través de una institución creada especialmente para tal fin: la Biblioteca Ayacucho.

Retomando el relato de origen transcrito de la esquila de José Ramón Medina, luego de la firma del decreto presidencial que dispone la creación de la editorial venezolana, Rama organiza un primer encuentro de especialistas que se junta en 1974 en Caracas para definir las principales políticas del emprendimiento. En él participan Arturo Ardao, Darcy Ribeiro, Sergio Buarque de Holanda, Arturo Andrés Roig, Leopoldo Zea y Roberto Fernández Retamar, tal como lo indica Rama en su *Diario 1974-1983* (2007). Esta primera reunión (a la que le siguen otras similares celebradas en 1975, 1976 y 1982) conforma un primer núcleo en el vasto esquema de comunicaciones, colaboraciones e intercambios que sostiene el proyecto. La edición de libros funciona como una actividad imbricada en el ideal latinoamericanista de Rama, quien opera sobre un diálogo sostenido entre el ejercicio de la crítica literaria, la participación en debates y problemas políticos y estéticos y una agenda de intervención pautada por la unión de los intelectuales latinoamericanos.² Este último imperativo, desplegado con una pasión tenaz desde la época de *Marcha*, encuentra en la realización de la Biblioteca Ayacucho una posibilidad certera para tramar una nueva red entre colegas, concebida tras la serie

² Autoras como Susana Zanetti (926) o Claudia Gilman (179) han pensado a Rama como uno de los grandes tejedores de redes de la historia intelectual latinoamericana durante la segunda mitad del siglo XX. La idea supone una caracterización de la figura de Rama como un activo gestor cultural, que articula operaciones y estrategias con un ímpetu militante siempre vigente.

de golpes militares acaecidos en el Cono Sur y el enfriamiento de la esperanza cubana.

La Biblioteca Ayacucho no cuenta con un texto fundacional que explicita sus políticas editoriales, más allá de los enunciados de las solapas y contratapas de los tomos y lo que se puede leer en la página oficial en la web. En este sentido, la recuperación de las entrevistas que la prensa caraqueña le realiza a Ángel Rama en su rol de director literario de la editorial puede servir como primer paso para reconstruir ciertos aspectos desconocidos sobre el diseño inicial de la editorial. Por ejemplo, en varias conversaciones que mantiene con Rafael Delgado, el crítico uruguayo brinda información relevante sobre la colección, que por ese entonces lleva más de medio centenar de volúmenes editados. En la primera de ellas (4 de enero de 1979), Rama expresa que el catálogo responde a lo consensuado en las reuniones de expertos y que, por lo tanto, no responde a su juicio crítico personal. Este punto es relevante, en tanto informa acerca del grado de decisión de Rama en el emprendimiento, según él mismo lo declara. En la última entrevista del ciclo, se comenta con entusiasmo el lugar destacado que en la colección se le pretende dar a las crónicas de la conquista, a los textos y cantos sagrados de las comunidades originarias y a las grandes escritoras de América Latina. Y, además, el crítico declara que la primera formulación de lo que luego se convierte en la Colección Clásica (la más paradigmática de la Biblioteca Ayacucho, compuesta por los gruesos volúmenes de tapas negras) fue en los orígenes una antología variada de textos que serían publicados en ediciones populares de gran tirada y precios bajos, destinados a un público masivo. Sin embargo, la idea resultó ser inviable, pues no se contaba con versiones normalizadas de las obras clásicas. Muchas de ellas tampoco contaban con estudios rigurosos y actualizados, cronologías, glosarios y demás elementos críticos que facilitarían la lectura. La consecuencia fue la creación de una colección distinta, forzosamente destinada a un público más restringido, tal como lo admite el mismo Rama en la entrevista: “Por eso, comenzamos por libros que van a los maestros, profesores, estudiosos, a los lectores cultos. Después, estos textos pasarían a esa nueva colección popular” (9 de enero de 1979, 4). En esta suerte de sucesión de capas lectoras resuena lo afirmado en la ponencia sobre integración y el señalamiento de la elite intelectual como la primera encargada de construir y alimentar el espíritu de unidad continental. Pero también late la obligada postergación de una tarea indispensable, la de expandir las fronteras del público especializado y académico.³

³ En este sentido, el proyecto guarda estrecha relación con lo que Ángel Rama plantea en su colección de Populibros, que publica en Uruguay a través de Arca hacia la segunda mitad de la década de 1960. Javier García Liendo ha trazado un excelente análisis

En términos organizativos, la Biblioteca Ayacucho está dirigida por una comisión compuesta por hombres de la cultura venezolana y presidida desde su comienzo por José Ramón Medina. Este cuerpo colegiado es el que aprueba y controla en última instancia el desempeño de la institución. Como director literario, Rama escribe y firma cartas y documentos a granel, desde su oficina en Caracas primero y luego desde las distintas ciudades del mundo por donde se desplaza. En estos textos se evidencia que las responsabilidades del intelectual exceden con creces la mera selección de títulos y que su praxis supone diversas tareas que lo hacen imprescindible en la concreción del proyecto. En la primera carta del epistolario dedicado al tema, fechada el 31 de diciembre de 1978 y dirigida a José Ramón Medina, Ángel Rama traza un informe sobre el desempeño de su área a lo largo de ese año y reflexiona sobre el tema de las imprentas contratadas. Se informa que, debido a los costos y al volumen de material enviado, se ha trabajado con cinco empresas de distintos países, tres venezolanas, una colombiana y otra española. El balance de esta decisión es negativo a causa de las múltiples exigencias organizativas que la dispersión de las plantas demanda, por lo que aconseja reducir el número de imprentas en Venezuela, dejar sin efecto el contrato con la colombiana y jerarquizar a la peninsular debido a sus bajos costos y a la calidad de la impresión, a la que califica de “excelente”.

Otras cartas iluminan todavía más el rol de Rama en el funcionamiento diario de la editorial. Hacia 1979, cuando el crítico se encuentra en Estados Unidos, dictando clases en la Universidad de Maryland, le escribe desde Caracas Andrés Romero, empleado del área técnica. En carta fechada el 11 de julio de 1979, le comenta al uruguayo los retrasos en la entrega de manuscritos y concluye su texto con la siguiente frase: “PD: Idudablemente (SIC) tú eras el motor de esto, ahora pareciera que se pierde un poco el ritmo, luego te cuento”. Al mes siguiente, en otra carta, Romero registra que la ausencia de Rama dificulta la gestión cotidiana, particularmente en la toma de decisiones, tal como su carta lo indica: “En general todo marcha bien aunque con un poco de lentitud por parte de la Comisión para decidir los pequeños problemas que se presentan. ¡Qué falta hace tu motor, para que este carro no disminuya su velocidad!” (21 de agosto de 1979).

El alejamiento de Ángel Rama de Venezuela no significa su desvinculación con la Biblioteca Ayacucho. El crítico continúa con sus múltiples tareas editoriales, entre las que se destaca el contacto con los colegas responsables del armado de los tomos y la conformación de equipos de trabajo. En el archivo examinado, se

de esta tentativa y ha subrayado el marcado contraste entre esta política editorial y la de Biblioteca Ayacucho (61).

encuentra una serie de cartas que confirman la extensa e intrincada red que arma alrededor de la empresa. Por ejemplo, en una carta del 25 de octubre de 1979, Rama le escribe al crítico argentino Luis Harss con el propósito de conseguir su colaboración para el volumen dedicado a Ricardo Güiraldes. Allí le explica cuáles son las normas que se deben cumplir para el diseño del libro. El prólogo debe contar con una extensión que va de treinta a sesenta páginas. Las ya clásicas cronologías ubicadas al final de cada tomo son explicadas columna a columna. El corpus literario debe, en lo posible, carecer de notas críticas porque se trata de facilitar el acceso al texto, evitando caer en un tipo de edición filológica. Rama le comenta a Harss que se trata del único tomo que se le dedica a Güiraldes, por lo que le sugiere trabajar con el objetivo de que la contribución y el sentido de la obra literaria del argentino quede bien representada en la colección. Especifica también el contenido esperado de la bibliografía a entregar: todas las obras del autor más una selección de los trabajos más trascendentes realizados sobre él. Y luego concluye la sección informativa de la carta con la referencia al plazo y la paga ofrecida por la preparación del texto: aproximadamente nueve meses para la entrega y un monto total de mil dólares. Antes de despedirse, Rama escribe algunas líneas sobre un ensayo de crítica literaria que Harss parece haberle enviado con anterioridad. El uruguayo demuestra un interés sobre la argumentación allí vertida y le propone publicar el material en la revista *Escritura*, de la Universidad Central de Venezuela, que él mismo funda y dirige desde 1976. Este dato menor es sin embargo significativo, porque hace visible la multiplicidad de redes que Rama tiende a la vez. Harss le interesa como colaborador en la Biblioteca Ayacucho, pero también como interlocutor en esta otra empresa de religación intelectual, especializada en teoría y crítica literaria, que es la revista universitaria de marras. La tarea editorial se ramifica en función de una paciente, diversa, compleja y simultánea construcción de canales de comunicación entre los intelectuales de la región dispersos por el mundo. No es el único caso. Un rápido repaso por los nombres que aparecen en una y otra iniciativa de Rama lo confirma. Noé Jitrik, Ricardo Gutiérrez Girardot, Antonio Cándido, Jorge Ruffinelli y Mágara Rusotto son solo algunos de los críticos involucrados en la editorial y en la revista.

Este tipo de intercambio tendido con Luis Harss se verifica también con otros pares, tal como se puede leer en un puñado de cartas de 1983. En ellas, se dirige a profesores como David Sobrevilla, a quien le escribe desde París. En carta del 30 de agosto de 1983, se explaya acerca de un informe enviado en torno a una posible compilación de los ensayos históricos del peruano José Basadre y se muestra muy entusiasmado por la calidad del trabajo, por lo que le propone colaborar en el

tomo dedicado a la obra del historiador. Lo hace en palabras que expresan la idea de una tarea conjunta, trazada a partir de una relación de estrecha camaradería: “Si estás de acuerdo, me gustaría que me ayudaras a ir poniendo la nave sobre el astillero”, sugiere Ángel Rama y enseguida delinea las cuestiones ya vistas referidas al prólogo y la cronología. Algo similar sucede con dos cartas remitidas a Carlos Monsiváis, en la que se connota un vínculo más amistoso y un tono más coloquial. Ambas tratan sobre la preparación de un volumen sobre el grupo intelectual “Contemporáneos” e ilustran el modo en que Rama aprovecha los contactos ya establecidos con escritores para conseguir nuevos compromisos y colaboraciones. Luego de pedirle al mexicano noticias sobre el volumen encomendado, en la segunda carta el crítico solicita datos postales de Héctor Aguilar Camín, director de la revista *Nexos*, y de Carlos Blanco Aguinaga, intelectual español afincado en México. El objetivo es el mismo en ambas situaciones: solicitarles ayuda para la confección de tomos dedicados a la cultura del país, que juzga parcamente representado en el catálogo de los últimos años. Y de pasada, la misma carta indica la participación de Rama en otra red intelectual de la época: la que se trama alrededor del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana desde una perspectiva comparatista, cuyo encuentro más significativo se celebra en la Universidad de Campinas, bajo el auspicio de Antonio Candido. El crítico inicia su carta a Monsiváis del 8 de noviembre de 1983 con las siguientes palabras: “Beatriz Sarlo me entregó en Campinas tu carta, por la cual me entero que estabas en Buenos Aires cuando yo viajé a México. El desencuentro perfecto, en un continente demasiado grande”. La mención a las distancias siderales que separan a los intelectuales de la región alude a una de las mayores dificultades de las épocas para el trabajo colaborativo y, a la vez, evidencia las distintas vías que se inventan para sortearlas; en este caso, el envío de cartas por terceros involucrados en otros proyectos, también solidarios con el ideal de la integración.

Rama no se contacta solamente con colegas, sino que también gestiona contratos con quienes poseen los derechos de edición y con los herederos de los autores ya fallecidos. Es lo que se observa en las cartas remitidas a Heloísa Ramos, la esposa del novelista nordestino Graciliano Ramos. En la primera de ellas, firmada en París el 24 de julio de 1983, Ángel Rama presenta formalmente la editorial como una casa destinada a publicar a los escritores más importantes del subcontinente. El tono adquiere visos solemnes en oraciones como la que sigue: “Dado que la Biblioteca Ayacucho es una institución oficial de Venezuela, sin afán de lucro, su único propósito es homenajear a los grandes escritores seleccionados para integrar su colección...en pulcras ediciones críticas destinadas a los estudiosos y al público

culto”. La prosa se adecúa al objetivo concreto de Rama, conseguir el aval para la publicación de los textos de Ramos. Acompaña la definición de la editorial con el monto y la forma de pago estipulada: se adelanta un monto fijo al momento de recibir el contrato firmado (mil dólares) y luego se retribuye con un diez por ciento del precio de tapa (que ronda los diez o quince dólares), liquidado de forma anual.

El interés en sumar los trabajos de Graciliano Ramos en la Colección Clásica plantea una obligada digresión acerca de uno de las principales cuestiones de la integración latinoamericana según Ángel Rama: la debida y postergada inclusión de Brasil. El punto adquiere en el epistolario una importancia manifiesta, asentada sobre todo en el diálogo con Antonio Candido y Darcy Ribeiro, colegas y amigos del uruguayo desde la década de 1960. La publicación de la correspondencia intercambiada entre los tres intelectuales en dos libros recientes⁴ permite recuperar los esfuerzos de Rama por traducir los textos clásicos de las letras latinoamericanas y darlas a conocer en el hemisferio hispanófono. El aporte de los dos intelectuales brasileños resulta fundamental para cumplir con este objetivo.

El primero en ser contactado para participar de la Biblioteca Ayacucho es Antonio Candido, a quien Rama le comenta en 1974 sobre la creación de la comisión que da comienzo oficial al trabajo editorial. En carta del 17 de septiembre, el crítico señala los principales rasgos de la Biblioteca Ayacucho: una colección cerrada de trescientos números, que reúne los textos más importantes escritos en América Latina, entendida ésta en su conformación española, portuguesa y francesa, desde los tiempos precolombinos hasta la contemporaneidad (*Un proyecto* 70). Candido responde celebrando la idea y aceptando el ofrecimiento de Rama de sumarse a ella como asesor de la parte brasileña. Además, el crítico cumple con la solicitud de Rama de enviarle una lista con veinte títulos de las letras nacionales cuya presencia en la futura colección considera imprescindible (73). Al año siguiente, luego de varias epístolas en las que expone las dificultades de la organización y la lenta pero firme conformación de los núcleos operativos, el intelectual uruguayo le envía a su colega una invitación con membrete oficial de la Biblioteca Ayacucho, en la que se expone con una retórica ampulosa los principales rasgos del emprendimiento. El texto es un compendio de citas de Rama: la referencia militante a la noción martiana de Nuestra América, la recuperación de los antecedentes de Rufino Blanco Fombona y Pedro Henríquez Ureña, la idea de una “aportación cultural original” de la comarca latinoamericana y la necesidad de

⁴ El primero es *Diálogos latino-americanos. Correspondência entre Ángel Rama, Berta e Darcy Ribeiro*. Organización, con estudios y notas de Haydée Ribeiro Coelho y Pablo Rocca (2015). El segundo es *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido y Ángel Rama, correspondencia*, preparado también por Pablo Rocca (2016).

restituir y difundir el pensamiento y la creación literaria propia (79) no hacen sino reforzar los vínculos programáticos entre el proyecto integrador de Rama y la génesis de Biblioteca Ayacucho. Otra faceta que se revela en la correspondencia con Candido es el arduo trabajo colectivo que exigió la preparación de los diversos tomos. La red de escritores, críticos, traductores, asesores y prologuistas unidos por la colección exhibe parte de su vasta complejidad y extensión en la ingente dedicación de Antonio Candido al proyecto. El crítico gestiona, muchas veces sin éxito, viajes de especialistas a Caracas, reuniones de expertos en su propio país, traducciones, contratos, derechos de autor, cronologías y demás tareas que ameritan que Rama lo llame “nuestro hombre en Brasil” (86).

Por su parte, el desempeño de Darcy Ribeiro en la Biblioteca Ayacucho justifica su consideración como el segundo pilar de la inclusión del Brasil en la editorial. En lo que pareciera ser la continuación de un diálogo iniciado anteriormente, el uruguayo le escribe el 25 de noviembre de 1975 y lo pone al tanto de las dificultades organizativas que surgen alrededor de la tentativa integradora. Rama le solicita una nómina de títulos representativos de las letras nacionales y le propone además participar de la colección de dos maneras: a través de la escritura de un prólogo que introduzca la obra de Gilberto Freyre al ámbito hispanohablante y mediante la publicación de su libro *Las Américas y la civilización (Diálogos)* (63). La respuesta es afirmativa, aun aclarando que la única garantía de que se trata de un proyecto serio y no de un “desperdicio típico caraquenho” (65) es que cuenta con la dirección del crítico uruguayo. A partir de esta carta, el tema que atraviesa las siguientes es la demora de Ribeiro en el envío del prólogo prometido. A la vez, ambos intelectuales conversan sobre los avances y obstáculos en la confección de los volúmenes brasileños, particularmente en relación a la cesión de derechos, la preparación de estudios y cronologías y las traducciones al castellano.

El interés de Rama por integrar a Brasil en el estudio de la literatura latinoamericana no se limita al esfuerzo demostrado al seno de la Biblioteca Ayacucho, que en el período 1974-1983 alcanza a editar diez volúmenes dedicados a su literatura, arte y pensamiento (Coelho, 87). Mucho antes de dirigir la editorial venezolana, Rama había entendido la centralidad del país en la conformación de equipos intelectuales capaces de construir una imagen auténtica de la cultura latinoamericana. Pablo Rocca (*Ángel Rama*) ha sabido reconstruir con minuciosidad esta inquietud y su sentido en el proyecto cultural del crítico, quien hasta en sus últimos años manifestó que el desconocimiento mutuo entre Brasil y el resto del subcontinente era una lastimosa deuda. En un texto publicado luego de su muerte, que recoge las opiniones inéditas del uruguayo sobre esta dificultad y que

presumiblemente fue escrito en la década de 1980, Rama recuerda el desafío que significó cumplir con su ideal integrador en Venezuela, aún al interior de una editorial latinoamericanista: “Cuando en 1974 comencé a diseñar la Biblioteca Ayacucho, todavía encontré sorpresa ante mi propuesta de consagrar cerca de la tercera parte de los títulos de la proyectada Biblioteca de 500 volúmenes, al Brasil, pues todavía en Venezuela no se había producido ese reencuentro con la cultura brasileña...” (“Esa larga frontera”).

El fragmento anterior invita a revisar las disidencias en las ideas sobre América Latina que persisten entre Rama y los intelectuales venezolanos ligados al proyecto. La tensión se torna todavía más productiva si se tiene en cuenta que la reformulación de las definiciones sobre identidad regional y estrategias de integración, motivadas por las discusiones con los pares, funciona como un impulso decisivo para la redacción de ensayos y ponencias dedicadas a explicar, justificar y revisar las ideas rectoras de la Biblioteca Ayacucho.

Definir, reformular

Pocos fragmentos del epistolario de Rama en Biblioteca Ayacucho son tan reveladores como el par de cartas que el crítico y José Ramón Medina intercambian hacia 1980. El tema es una serie de críticas que Arturo Uslar Pietri formula a las principales políticas editoriales de la institución durante un almuerzo en Caracas, organizado por la institución para aprovechar la visita de Rama a Venezuela. Ya de vuelta en Estados Unidos, el uruguayo le escribe una extensa carta a su compañero en la que refuta uno a uno los argumentos del intelectual venezolano (15 de febrero de 1980).

Comienza con el reclamo de Uslar Pietri de que la Biblioteca Ayacucho debe publicar solo textos literarios, un asunto que Rama deplora amargamente, ya que, desde su punto de vista, el carácter interdisciplinario de la colección es la principal decisión editorial consensuada en las reuniones de expertos. Se trata de un eje central de toda la propuesta, en tanto agrega el matiz que la diferencia de los proyectos precursores y explica en gran medida el entusiasmo con que son recibidas sus libros por los lectores. La segunda queja se vierte sobre la publicación de las obras históricas sobre la Conquista, que supone la inclusión de autores españoles que operan en favor de la opresión de los pueblos americanos. A Rama le parece un error garrafal excluir de la colección este corpus de textos, cuya presencia pondera como “una línea central del proyecto”. Para reforzar su apreciación sobre el valor de las crónicas de soldados, viajeros e historiadores, enumera los volúmenes en preparación y los esfuerzos extraordinarios que la tarea demanda y amerita con

creces; por ejemplo, la primera transcripción completa de la obra de Huamán Poma, sobre la que se viene trabajando desde hace años, y las investigaciones en las que el propio Rama se halla inmerso por ese entonces en la Biblioteca del Congreso, en Washington.

Otros dos señalamientos de Uslar Pietri apuntan sobre cómo son presentadas en la colección las obras de Simón Rodríguez y Simón Bolívar. La primera se considera demasiado acotada, mientras que la inclusión de algunas de reflexiones del Libertador en el tomo sobre el discurso conservador del siglo XIX que preparó José Luis Romero es percibida con desagrado por parte de los intelectuales venezolanos. Rama explica que el poco espacio que los textos de Rodríguez ocupan en la antología responde a que se le reserva a su obra un volumen completo, cuya edición no es urgente porque hay en circulación todavía muchos libros universitarios sobre su figura. Sobre el lugar de Bolívar entre otros exponentes del pensamiento conservador, se defiende la decisión de Romero por considerar que el prócer venezolano está representado en la colección a través de sus múltiples facetas y en tres volúmenes distintos. Uno es el tomo que le está íntegramente dedicado y que recoge su doctrina política más representativa. El segundo es el libro sobre la emancipación. El tercero es el que origina la polémica; su justificación es que incluye en su interior las reflexiones del Libertador sobre la constitución boliviana y califica sus posicionamientos ante la anarquía y la desorganización de las jóvenes naciones americanas como un impulso que no puede sino caracterizarse como conservador. Otro de los cuestionamientos de Uslar Pietri a las políticas editoriales de la Biblioteca Ayacucho es que la misma no debe publicar textos cuya lengua original no sea el español o el portugués. La respuesta de Rama parte de una definición amplia de América Latina que no está cifrada en el lenguaje, sino en la geografía: la entidad se comprende como el conjunto de todos los países del continente, excepto Estados Unidos y Canadá. Pero, además, la presencia en la colección de obras pertenecientes al Caribe inglés y francés es pensada como una estrategia fundamental para la integración de países que han atravesado experiencias históricas similares pero que todavía no se han logrado ser percibidos por la cultura del subcontinente como pares con pleno derechos y de igual jerarquía. Para ilustrar la significación de esta intención, Rama se explaya sobre los tomos en preparación que buscan reparar esta falta. Nombra autores que se planifica incluir próximamente en el catálogo (como Jean-Price-Mars, Jacques Roumain, Jacques Stephan Alexis) y añade que se están estudiando las literaturas jamaicanas y trinitenses para poder traducir y publicar sus textos más representativos.

El último reparo glosado es el que reviste un carácter más nacionalista y consiste en exigir una mayor presencia de autores venezolanos. El crítico uruguayo brinda aquí una explicación relevante sobre el orden de aparición de los textos, que no responde ni a un plan prefijado ni a una ponderación jerárquica. Los tomos de la Biblioteca Ayacucho son producidos según una distribución de títulos por país (cada uno debe estar proporcionalmente representado), en primer término, y, luego, a medida que los originales son adquiridos y que los responsables entregan las compilaciones, los prólogos y las cronologías. Así, la cantidad de libros por país depende, según Rama, de su capacidad y disponibilidad de equipos intelectuales y textos originales, respectivamente. Esas son las razones por las cuales las letras y el pensamiento peruano cuentan con una mayor representación en la editorial. Finaliza su comentario con una opinión acerca de este tipo de reproches. Según él, gran parte de estas críticas tienen que ver con el apresuramiento y la impaciencia: la ausencia transitoria de varios de los grandes clásicos nacionales responde simplemente a los tiempos de preparación de los volúmenes, que exigen, como se viene estudiando, una gran coordinación y una ingente disponibilidad de recursos.

Hasta ahora, la revisión de la carta demuestra la certidumbre programática y la pasión ideológica que existe por parte de Rama en defender las políticas editoriales de la colección tal cual habían sido establecidas. El párrafo final, en cambio, ilustra el grado de compromiso personal de Rama con la empresa y el modo agonístico con que asume las críticas de Uslar Pietri: “Creo que esta exposición expone [sic] lo desacertado de las críticas formuladas así como los principios que la Dirección Literaria considera básicos para la selección de autores y de obras. Si la Comisión Directiva no comparte esos criterios cuenta con mi voto favorable para la remoción del Director literario y su sustitución por otro” (15 de febrero de 1980). El carácter dramático de su decisión es captado por el destinatario de la carta, José Ramón Medina, quien contesta desde Caracas con la intención de tranquilizar a Rama respecto de las críticas, confirmar que sus posiciones sobre el rumbo de la editorial son compartidas y manifestar explícitamente el respaldo a su tarea en la fundación. Declara, en nombre de toda la comisión directiva, que no hay razones para cambiar las políticas editoriales ni mucho menos para desplazar a Rama de su cargo. Llama la atención un punto de la respuesta: Medina escribe que muchos de los cuestionamientos planteados por Uslar Pietri resultan mejor comprendidos para el resto de los responsables de la institución luego de haber leído los argumentos del crítico uruguayo, lo que clarifica todavía más su alto grado de responsabilidad sobre las definiciones programáticas, el diseño y la construcción de la editorial. La carta concluye con una elocuente manifestación de apoyo por parte de Medina y

los demás directivos: “Por todo esto, mi querido Ángel, quiero reiterarte nuestra solidaridad en este caso y hacerte presente nuestra absoluta confianza en la magnífica tarea que realizas como Directo Literario de la Biblioteca” (7 de marzo de 1980).

La demostración da resultados, porque Rama continúa en su cargo y desempeña sus tareas al seno de la editorial hasta el final de sus días. No obstante, la situación lo afecta notablemente, tal como queda registrado en la entrada de su diario del 6 de marzo de 1980, donde anota que alejamiento de Venezuela amenaza el destino de la Biblioteca Ayacucho. Rama cree que la aparición de un conjunto creciente de críticas a la editorial demuestra un gran nivel de incompreensión sobre sus principios fundacionales y una mezquindad nacionalista respecto a sus operaciones de integración. El desánimo, las dudas, el escepticismo acerca del rumbo del emprendimiento y los peligros que lo acechan se evidencia en la insatisfacción expresada en la siguiente frase, escrita semanas después de la respuesta de su compañero: “La larga carta que le escribí a Medina discutía y contradecía los argumentos expresados, pero no hacía caudal de los que sentí como más grave: un celo destructor que guía una pasmosa ignorancia” (*Diario*, 200).

En relación a la Biblioteca Ayacucho y al rumbo futuro de la editorial, la reacción de Rama revela ser algo más que el producto de una subjetividad lacerada. Se trata de la terrible duda acerca de si la mera periodicidad de los encuentros de expertos alcanza para hacer inteligibles o tornar deseables los ejes que vertebran el entero proyecto editorial. Sobre todo, al tener en cuenta los disensos cada vez más grandes que se abren entre Rama y cierto sector de la elite intelectual venezolana. Es en esta coyuntura que, como respuesta, el crítico uruguayo finalmente escribe un ensayo sobre el diseño de la Biblioteca Ayacucho, publicado el año siguiente de la discusión con Uslar Pietri. Desde su título, se torna evidente que se trata de un texto programático, que define de forma tajante el sentido de la empresa venezolana: se denomina “La Biblioteca Ayacucho como instrumento de integración cultural latinoamericana” (2004) y sirve como una declaración de principios y aspiraciones. Vale la pena subrayar que se trata de un trabajo que se considera individual y no institucional, por lo que su cotejo con lo efectivamente realizado expone las articulaciones felices y las disonancias inexorables que se trazan en el proceso.

El ensayo se inicia con una frase que marca desde qué perspectiva ideológica se sitúa Rama para describir la editorial: “La integración cultural es fundamento y legitimación de los diversos proyectos de integración económica o política que se han venido diseñando en América Latina” (“La Biblioteca”, 63). Su

inserción respecto a la biografía intelectual de Rama revela un notable desplazamiento desde las posiciones más militantes de la década de 1960, cuando el uruguayo se vincula con Casa de las Américas y piensa a la literatura latinoamericana como un registro de las fracturas sociales y como un catalizador de las transformaciones políticas del subcontinente, en una clave marcadamente anti-imperialista. Hechos históricos y avatares personales motivan el cambio de perspectiva. Se puede pensar en el estallido del caso Padilla y la ruptura de la red intelectual latinoamericana comprometida con la Revolución Cubana, la extenuación del boom literario y el eclipse de la nueva novela y el ascenso de las dictaduras en el Cono Sur. Del lado más biográfico, el golpe de estado uruguayo de 1973 le impide a Rama volver a Uruguay indefinidamente, por lo que la existencia migrante voluntaria se transforma en una prohibición permanente, que lo obliga a asentarse primero en Venezuela y luego en los Estados Unidos. Hacia 1981, cuando este texto se publica, Rama ya no es el crítico literario del semanario *Marcha*, el intérprete de una literatura que se piensa revolucionaria, el polemista feroz que denuncia la cooptación intelectual por parte del imperialismo. Quien firma la contribución es un profesor e investigador de la literatura y el arte asentado en Maryland, que sigue participando en debates, iniciativas y proyectos latinoamericanos, pero con una perspectiva más reposada y atenta a las complejidades y sutilezas del devenir de las sociedades y la cultura de la región.

Así, como director literario de la Biblioteca Ayacucho, su texto destaca un nuevo rol para los intelectuales: el de fundamentar y legitimar proyectos de integración que unan las naciones en un contexto mundial cambiante e impredecible. El ideal deja de ser la defensa de movimientos políticos o gobiernos populares y apunta a una gestión cultural activa en el seno de Estados democráticos interesados en la integración regional como estrategia de desarrollo. Aunque se pueden rastrear en el texto la presencia de significantes referidos a la revolución, la misma es entendida en términos de transformación acelerada de la sociedad y no necesariamente como una ruptura violenta y programática del régimen de explotación capitalista. En este marco, la literatura queda momentáneamente desplazada y el área privilegiada es la cultura, entendida a grandes rasgos como el conglomerado histórico de expresiones estéticas, corrientes de pensamiento, reflexiones filosóficas, registros documentales y estudios científicos y académicos producidos en el subcontinente.

Hay cambio, pero no ruptura; porque la argumentación de Rama y sus proyectos intelectuales en curso comprueban que tanto el latinoamericanismo como la entronización de la cultura letrada siguen atravesando su discurso y su

praxis. En el texto revisado, la Biblioteca Ayacucho es concebida en términos temporales que parecen inspirarse en las tesis de la filosofía de la historia de Walter Benjamin, un autor estudiado y admirado por Rama.⁵ En el ensayo se lee: “En estas condiciones, el pasado no es recuperado en función de archivo muerto, sino como un depósito de energías vivientes que sostienen, esclarecen y justifican el proceso de avance y transformación revolucionaria” (63). Esta idea de una colección que mira a la vez al pasado y al futuro es uno de los ejes de la propuesta de Rama, lo que se percibe de forma prístina en la atención puesta sobre el archivo colonial y sobre la misma editorial como cimiento cultural de una integración política y económica todavía pendiente. Varias veces, a lo largo del texto, el crítico hace referencia a la necesidad de rescatar, releer y reinterpretar todo un panorama de las letras y el pensamiento latinoamericano que hasta entonces había sido desplazado del interés de los lectores por la nueva narrativa de la década de 1960. Su ensayo propone una visión totalizadora de las letras del continente, que busca subsanar los recortes genéricos y epocales que campearon en la crítica literaria de las décadas anteriores. Se puede leer aquí un apunte autocrítico, ya que, durante sus años en *Marcha* y *Casa*, también Rama había privilegiado la novela y los nuevos narradores frente a un panorama secular que aparecía como mero telón de fondo sobre el que se imponía la novedad de la triunfante narrativa contemporánea. La Biblioteca Ayacucho polemiza con esa operación y le restituye al período colonial y al de la Emancipación su rol seminal en la cultura latinoamericana. Y a la vez, impele a un desplazamiento mayor de la agenda de investigación de Rama hacia nuevos objetos de estudio, disímiles a los por entonces frecuentados. Si bien sus primeros estudios sobre la literatura del siglo XIX empiezan a desarrollarse en Venezuela durante la segunda mitad de la década de 1970, es hacia 1979 que la beca del Woodrow Wilson Center le permite dedicarse a la revisión del archivo literario latinoamericano entre 1750 y 1830, mientras dicta cursos y escribe sobre las transformaciones del arte barroco y manierista en la Nueva España del siglo XVII.

Volviendo a la cuestión editorial, Rama indica que los dos obstáculos que la Biblioteca Ayacucho busca subsanar son el desconocimiento de textos fundacionales y la adopción acrítica de modelos importados registrados en años recientes. Operar en dos tiempos a la vez, en el archivo pleno de significaciones y en el presente saturado de conflictos, es la cifra temporal sobre la que se asienta el diseño de la colección, a la cual se suma otra, de carácter más cultural: la exigencia de que la integración del subcontinente a la modernidad capitalista no debe hacerse

⁵ La apropiación de las teorías e hipótesis de Benjamin por parte de Rama han sido fundamentales en su trabajo sobre el modernismo literario y aún sobre la transculturación narrativa, según lo ha expuesto de en un libro reciente José Eduardo González (2017).

en desmedro de las culturas interiores, que dotan de marcas identitarias únicas a sus invenciones creativas. Articular los polos internos y externos es el otro eje de la Biblioteca Ayacucho.

Al momento de las definiciones, Rama enuncia explícito sobre ella: “Fue concebida inicialmente como una biblioteca cerrada cifrada en unos quinientos tomos, que recogiera la vigencia del legado civilizador de América Latina...” (70). Agrega además que los textos han sido seleccionados y preparados según tres criterios centrales. El primero es calificado por Rama como “culturalista” y es lo que distingue a la empresa de otras anteriores. Se trata de una amplia y rica apertura genérica, que compila, junto a la poesía, la narrativa y el teatro, diversas textualidades, como ensayos, cartas, crónicas, relatos orales, proclamas y manifiestos. El segundo criterio es sociológico y apunta a dotar a la colección de un espesor social, respetuoso de la heterogeneidad de materiales, fuentes y enunciadores. Rama señala la importancia de presentar a los lectores una visión de la cultura latinoamericana que vaya más allá del corpus producido por la elite letrada y que integre la expresión y la crítica de los sectores más oprimidos y marginados de la sociedad. El crítico alcanza a percibir que hay muchos materiales y discursos en proceso de apropiación crítica, tales como los repertorios folklóricos de diversas regiones del subcontinente o los mitos y relatos de las comunidades originarias. El último criterio de la Biblioteca Ayacucho es la inclusión de obras que no han sido escritas por autores latinoamericanos, pero que sin embargo son imprescindibles para pensar la identidad regional, a la que enriquecen con inquietudes, perspectivas y estilos. Esta propuesta supone entender la cultura del subcontinente como un producto híbrido que surge en el encuentro conflictivo de tradiciones propias y ajenas. Así queda desmontado el esencialismo geográfico como posible criterio de selección y, además, se coloca a la ficción literaria como un factor central en la historia de cada uno de los países. Rama sugiere que tanto las cartas de Humboldt como las novelas de Hudson merecen ser incluidas en la colección como una “huella formativa” en el devenir de la cultura latinoamericana.

El ensayo finaliza con una reflexión sobre los diversos niveles de integración cultural que se conjugan en la Biblioteca Ayacucho, que van desde la creación de un discurso crítico unificador hasta la incorporación de áreas culturales usualmente dejadas de lado en los estudios sobre literatura y pensamiento latinoamericano. Frente a este horizonte, Rama indica que algunas disciplinas, como la economía y la sociología han alcanzado perspectivas continentales, construyendo sistemas epistemológicos donde se intersectan fenómenos y variables más allá de las fronteras nacionales. Ése es el camino que deben seguir las humanidades y las

artes, cuya propia crítica parece relegada respecto al desafío de leer desde esta perspectiva las obras del subcontinente. La colección se propone entonces como una oportunidad para conformar un discurso unificador también en el área de los estudios literarios, estéticos y culturales.

Por otro lado, Rama jerarquiza una de sus operaciones de la Biblioteca Ayacucho por su carácter distintivo ante otras iniciativas editoriales semejantes: la inclusión de Brasil en el catálogo, tal como ha sido analizado anteriormente. Su exclusión no es la única que la Biblioteca busca subsanar. Rama indica también el caso de Puerto Rico, escindido de las redes culturales latinoamericanas debido a su particular estatus político desde 1898. Su ausencia recurrente en panoramas y estudios busca ser enmendado con la edición de varios libros representativos de esta cultura nacional, dos de los cuales ya han sido publicados por la editorial (*La charca*, de Zeno Gandía, y la *Poesía completa* de Luis Palés Matos). Otro de los fenómenos de fragmentación continental que busca ser revertido a través de la Biblioteca Ayacucho son los casos conflictivos de las literaturas del Caribe, expresadas en lengua inglesa, francesa y holandesa. La observación termina por reconfigurar una imagen de América Latina que demuestra ser más heterogénea de lo considerado hasta entonces, aunque no hay un desarrollo mayor que permita profundizar los aspectos problemáticos de esta nueva articulación entre regiones y países.

Resta el examen de otro tipo de fenómenos que Rama pondera como uno de los objetos privilegiados para la realización del imperativo integrador: la existencia de eventos históricos, corrientes de pensamiento y movimientos estéticos que atraviesan las fronteras y que conectan las escenas nacionales bajo un mismo impulso intelectual. Como ejemplo, el crítico cita dos tomos que representan este tipo de procesos en la colección: el dedicado al pensamiento de la Emancipación, preparado por José Luis Romero, y el que recoge los textos principales del positivismo, a cargo de Leopoldo Zea. Rama enuncia el sentido y también la dificultad que supone esta precisa tarea: “Esta línea de volúmenes que realizan, prácticamente, el principio de integración de la cultura latinoamericana, no es de fácil realización. Aún se cuenta con escasos estudiosos capaces de visiones conjuntas, documentadas y solventes” (85).

Como se viene examinando, la formación de equipos intelectuales es uno de los objetivos primordiales de la Biblioteca Ayacucho. Hacia mediados de la década de 1970, la posibilidad de financiar el trabajo de los escritores y pensadores excede los requerimientos meramente eruditos de la empresa para operar como un certero acto de solidaridad hacia quienes habían sido perseguidos en sus países o

expulsados más allá de sus fronteras por el totalitarismo militar y el aumento de la violencia política. Por lo tanto, Ángel Rama, en tanto exiliado sudamericano e intelectual atento a las urgencias de la época, trabaja al interior de la editorial venezolana no solo para promover la cultura de América Latina y revisar su visión del pasado, sino para unir y ayudar a sus colegas en la diáspora y recuperar, desde otra instancia enunciativa, un proyecto utópico, modificado por la historia y refundado con tesón desde una perspectiva cultural e integradora.

Reflexionar, proyectar

El ensayo publicado en 1981 no es el último texto que Rama escribe respecto a la Biblioteca Ayacucho. Entre sus papeles personales relacionados con la editorial, se ha encontrado una ponencia sin nombre, presumiblemente formulada para su exposición en un encuentro académico organizado por la UNESCO en París hacia 1983. Según lo señalan Carina Blixen y Alvaro Barros-Lémez, se trata del coloquio "Littérature et Pensées contemporaines en Amérique Latine et aux Caraïbes: conservation, diffusion et éditions critiques des manuscrits" (65). El original se encuentra mecanografiado y cuenta con las correcciones originales de Ángel Rama. Su lectura demuestra que es un testimonio clave para captar de qué modo la experiencia editorial era percibida por el intelectual uruguayo luego de su alejamiento de Venezuela y tras la publicación del primer centenar de tomos de la Colección Clásica.

El texto se presenta como la oportunidad de trazar un balance sobre lo realizado y repasar ciertos lineamientos implícitos que habían guiado hasta entonces la tentativa. Al inicio, reconoce el apoyo del Estado nacional venezolano por el efectivo financiamiento económico y la libertad para trabajar sin condicionamientos ideológicos. Luego, se explaya sobre lo que considera los cinco rasgos distintivos de la Biblioteca Ayacucho. El primero es su concepción como biblioteca y no como una antología de libros antiguos y modernos. Respecto de esta idea, la figura de referencia es Pedro Henríquez Ureña y su Biblioteca Americana, tal cual lo había señalado por Croce. Rama celebra el legado del intelectual dominicano para enseguida marcar un disenso entre su antiguo proyecto y el actual venezolano, porque este último no cuenta con un plan minucioso de publicaciones, sino que el catálogo se confecciona según lo pautado por el consenso de latinoamericanistas, reunidos con cierta periodicidad para debatir y decidir inclusiones y exclusiones. El crítico vuelve así a lo afirmado en las primeras entrevistas sobre el emprendimiento y la importancia de una selección de materiales que sea colectiva y que se mantenga atenta a la lectura del pasado remoto desde el presente más urgente. Se diseña el

funcionamiento más básico de la editorial, consistente en la articulación entre una vasta red de asesores y colaboradores y un equipo ejecutor que centraliza los aportes y los adecúa a las exigencias de la colección.

El segundo rasgo es su carácter cerrado, que constaría de un número impreciso, pero cercano a los quinientos tomos. El sentido de esta característica es subrayar la tarea de enjuiciamiento crítico que se debe efectuar sobre las obras, de forma tal de representar adecuadamente movimientos intelectuales, procesos históricos y autores de relevancia que marcaron la historia de las letras y el pensamiento latinoamericano. El tercer rasgo es la elección del criterio “culturalista” en la construcción de la editorial. El asunto, ampliamente desarrollado en “La Biblioteca Ayacucho como instrumento de integración cultural latinoamericana”, insiste en la apertura genérica implicada en esta definición. Lo más significativo del punto es que mientras Rama celebra la futura publicación de obras que han sido forjadas por fuera de la “ciudadela culta”, sobrevive en su pensamiento una jerarquización sin mácula de las disciplinas y tradiciones culturales propias de los estratos cultos y urbanos: “*Junto a la literatura, la historia, la filosofía, que constituyen las vigas maestras de la producción intelectual, se buscó incorporar el arte, el folklore, la antropología, la arquitectura, la economía, la música, etc...*” (3, cursivas propias). La fe en el humanismo letrado y sus productos seculares, transversal a todos los textos hasta aquí analizados, se mantiene intacta en su perspectiva crítica, a pesar de estar formulando simultáneamente hacia esta época la aparente diatriba contra los intelectuales que es *La ciudad letrada*, su libro póstumo.

El cuarto rasgo es la integración, un elemento inescindible del proyecto, desde la primera conversación de Rama con Medina. El uruguayo vuelve aquí sobre el problema de la incomunicación entre países de América Latina y explicita dos aspectos de la propuesta. Lo que se intenta unir son “sociedades nacionales”, lo que demuestra que, más allá de sus razonamientos sobre las comarcas y áreas culturales (que pautan sus ideas sobre el estudio de la literatura regional desde sus ensayos de la década de 1960 hasta la argumentación central de *Transculturación narrativa en América Latina*), al seno del proyecto de la Biblioteca Ayacucho, el Estado-nación es la unidad conceptual básica sobre la que se construye el catálogo. El otro aspecto de la integración es que la misma responde a un estímulo externo, consistente en la mundialización de la economía y la cultura capitalista, frente a la cual los intelectuales latinoamericanos reaccionan aceptando la fatalidad del proceso, pero resguardando sus peculiaridades culturales y trabajando para transformarlas en nuevos productos estéticos e instrumentos epistemológicos. Rama afirma: “Conviene no olvidar que el esfuerzo integrador y comparatista, es una respuesta

regional que se sitúa de lleno en el campo de otra integración superior, a la civilización de la modernidad...” (5). En consecuencia, es válido afirmar que el espíritu ecuménico también se apoya en una interpretación de la modernidad como destino manifiesto. Ni las crisis de los proyectos desarrollistas o revolucionarios ni el agotamiento de los paradigmas modernos afectan la certidumbre de Rama acerca del deber modernizador de los letrados en zonas periféricas como América Latina.

El quinto y último rasgo descrito en la ponencia aborda las cuestiones de tipo editorial que se debieron superar para la elaboración de la Biblioteca Ayacucho. Una de ellas fue la dificultad para normalizar y fijar las versiones definitivas de muchas obras literarias de la Colonia, lo que explica por qué aún en 1983 no había salido publicado ningún tomo con las obras de Sor Juana Inés de la Cruz. Rama se lamenta así por la ausencia de especialistas capaces de asumir la tarea de enmendar la edición de la *Obras Completas* preparadas por Alfonso Méndez Plancarte. Otro problema es la dispersión de una monumental cantidad de textos de grandes escritores del subcontinente que desplegaron una sostenida actividad periodística y cuyos artículos para la prensa se han mantenido al margen de las compilaciones y antologías. Una situación análoga padecen los materiales escritos en épocas de la Colonia y la Emancipación: los originales se hallan perdidos y desperdigados por las bibliotecas y archivos del mundo, por lo que su recuperación y publicación espera todavía la intervención de equipos profesionales probos e instituciones comprometidas.

El balance final incluye aciertos, deudas y derrotas. Entre los proyectos en preparación, Rama vuelve sobre la idea de las ediciones populares de la Biblioteca Ayacucho y afirma que la inminente salida de la nueva colección es una reafirmación del éxito de la editorial. Lamentablemente, el crítico no llega a ver la salida a la calle de esta iniciativa, cuyo primer volumen acaba por ser publicado en 1991, ocho años después de su muerte. Otra idea sobre la que se refiere en la ponencia es la elaboración de una cronología general de América Latina, concebida tras las decepcionantes experiencias con las líneas de tiempo encargadas a los prologuistas de la Colección Clásica, quienes demostraron en muchos casos carecer de un manejo riguroso y objetivo de datos históricos. Otra vez, la muerte le impide al intelectual ser testigo de la salida de imprenta de la *Cronología. Latinoamérica y el mundo*, que Biblioteca Ayacucho saca en 1987.

El logro mayúsculo subrayado por Rama en su exposición es la inclusión definitiva de la cultura brasileña en una colección definida programáticamente como latinoamericana. Lo mismo sucede respecto de los volúmenes dedicados a las literaturas indígenas. Sin embargo, se indica como un obstáculo aún no superado la

integración del Caribe no hispánico. La observación es clave, ya que marca a las claras la tensión entre una idea defendida con tesón por Rama y la imposibilidad de llevarla a cabo por razones instrumentales y prácticas.

Este tipo de desavenencia es la que obliga a matizar la idea de que la colección es la concretización fiel y exacta de un ánimo latinoamericanista sin fisuras. Lejos de eso, la revisión de los papeles de Rama indica hasta qué punto la Biblioteca Ayacucho se ha ido constituyendo, lenta y problemáticamente, entre el entusiasmo, la reticencia, los apoyos y las polémicas. Se trata, en definitiva, de un proyecto en construcción, inacabado y sometido a tantos condicionamientos como los que existen en cualquier tipo de emprendimiento editorial de tamañas ambiciones. De la misma manera, se puede afirmar que las demandas conceptuales y prácticas planteadas por el diseño de las políticas editoriales y la realización fáctica de los tomos imprimen en el pensamiento de Rama al menos tres revaluaciones. La primera se corrobora en torno al concepto de América Latina, que devine más heterogéneo y dúctil que el concebido en durante las décadas pasadas. La segunda es la reformulación del corpus literario latinoamericano, que desde entonces es enriquecido con aportes que antes eran apenas entrevistos, como la producción de los tiempos coloniales, la discursividad de pensadores y políticos del siglo XX y la creación de los pueblos originarios. La tercera revisión, finalmente, se basa en los deberes más trascendentes de los intelectuales de la región, vinculados ahora con la integración de cuño cultural y con la necesidad de adquirir un mayor grado de profesionalización académica.

Para concluir, se debe resaltar que estas inflexiones no son rupturas tajantes, sino solapamientos y superposiciones de objetivos, hipótesis y perspectivas que conviven con certezas y metodologías propias de otros períodos de su trayectoria intelectual. De esta manera, el paso de Ángel Rama por la Biblioteca Ayacucho demuestra que su desempeño como director literario fue realmente central en la edificación de la editorial estatal venezolana. Su dedicada participación en ella impactó también en su visión de la cultura latinoamericana y de los deberes de una intelectualidad pensada como vanguardia integradora. A la vez, lo analizado exige volver sobre el legado de Rama sin reducir su praxis a la exégesis literaria, sino más bien restaurando la complejidad de un discurso crítico indisociable de las prácticas, que se piensa a sí mismo como intervención constante en coyunturas históricas situadas y cambiantes.

Bibliografía

- Antequera, José. “Ángel. Rama y la Biblioteca Ayacucho: Aporte fundamental a la autonomía y la integración cultural latinoamericana”. *Voz y Escritura* 14 (2004): 83-91.
- Blixen, Carina y Álvaro Barros-Lémez. *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1986.
- Candido, Antonio y Ángel Rama. *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido y Ángel Rama, correspondencia*. Edición, prólogo y notas de Pablo Rocca. Montevideo: Estuario, 2016.
- Coelho, Haydée. “O Brasil na “Biblioteca Ayacucho”: vertente literária e cultural”. *O Eixo e a Roda* 18, 2 (2009): 85-103. Disponible en: <[dx.doi.org/10.17851/2358-9787.18.2.85-103](https://doi.org/10.17851/2358-9787.18.2.85-103)>.
- Croce, Marcela. *La seducción de lo diverso*. Buenos Aires: Interzona, 2015.
- Delgado, Rafael. “Habla Ángel Rama (I)”. *El Nacional*. 4 de enero de 1979: 4.
- _____. “Habla Ángel Rama (III y fin)”. *El Nacional*. 9 de enero de 1979: 4.
- García Liendo, Javier. *El intelectual y la cultura de masas. Argumentos latinoamericanos en torno a Ángel Rama y José María Arguedas*. Indiana: Perdue University Press, 2017.
- Gilman, Claudia. “El factor humano y una rivalidad histórica: Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal” en Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo (eds). *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo, 2009. 161-190.
- González, José Eduardo. *Appropriating Theory. Ángel Rama's Critical Work*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 2017.
- Gordon-Burroughs, Jessica. “Monuments and Ephemera: The Biblioteca Ayacucho”. *A Contracorriente* 11, 3 (2014): 90-118. Disponible en: <acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/793>.
- Medina, José Ramón. Carta a Ángel Rama. 7 de marzo de 1980. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, caja 23.
- Pacheco, Carlos y Marisela Guevara. “Ángel Rama, la cultura venezolana y el epistolario de la Biblioteca Ayacucho”. *Estudios* 22/23 (2004): 99-136.
- Rama, Ángel. “Diez tesis sobre integración cultural de América Latina a nivel universitario”. Ponencia presentada en la II Conferencia Latinoamericana de difusión cultural y extensión universitaria. Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.

- ____. Carta a José Ramón Medina. 1 de mayo de 1979. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Carta a Luis Harrs. 25 de octubre de 1979. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Carta a José Ramón Medina. 15 de febrero de 1980. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Carta a José Ramón Medina. 31 de diciembre de 1978. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Carta a Heloísa Ramos. 24 de julio de 1983. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Carta a David Sobrevilla. 30 de agosto de 1983. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Carta a Carlos Monsiváis. 8 de noviembre de 1983. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. Ponencia sin nombre. Fecha desconocida. Copia mecanografiada. Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- ____. “Esa larga frontera con Brasil”. *El País Cultural*, 217, 31 de diciembre de 1983. Disponible en: <letras-uruguay.espaciolatino.com/rama/esa-larga-frontera-con-brasil.htm>.
- ____. “La Biblioteca Ayacucho como instrumento de integración cultural latinoamericana”. En *30 años de Biblioteca Ayacucho (1974-2004)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2004. 63-93.
- ____. *Diario 1974-1983*. Buenos Aires-Montevideo: El Andariego-Trilce, 2007.
- Rama, Ángel, et al. *Diálogos latino-americanos. Correspondência entre Ángel Rama, Berta e Darcy Ribeiro*. Organización, estudios y notas de Haydée Ribeiro Coelho y Pablo Rocca. São Paulo: Global Editora, 2015.
- Roa Bastos, Augusto. “Una biblioteca única en su género”. *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí* 3 (1983): 35-93.
- Rocca, Pablo. “Ángel Rama, editor (de la literatura a la cultura: “Enciclopedia uruguaya” y sus derivaciones)”. *Actas del Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*, octubre, 2012. 401-416.
- ____. *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2006.
- Rodríguez Ortiz, Oscar (Ed.). *30 años de Biblioteca Ayacucho (1974-2004)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2004.

- Rodríguez Ortiz, Oscar. "Biblioteca Ayacucho: notas para una primera historia".
Revista de cultura 43 (2005). Disponible en
 <jornaldepoesia.jor.br/ag43ayacucho.htm>.
- Romero, Andrés. Carta a Ángel Rama. 11 de julio de 1979. Copia mecanografiada.
 Archivo personal Ángel Rama, Caja 23.
- _____. Carta a Ángel Rama. 21 de agosto de 1979. Copia mecanografiada. Archivo
 personal Ángel Rama, Caja 23.
- Torres Torres, Alejandra. *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*.
 Montevideo: Yaugurú, 2012.
- Zanetti, Susana. "Ángel Rama y la construcción de una literatura latinoamericana".
Revista Iberoamericana LVIII, 160-161 (1992): 919-932.